

El mundo según
Simón Bolívar
Selección y prólogo de Carlos José Reyes

ICONO •

ICONO •

© 2006, Carlos José Reyes
© 2006, Icono Editorial Ltda.
Calle 73 No. 0-05 Este (302)
Tels. (57-1) 3210708 • 3221108
Fax (57-1) 3210727
Bogotá, D.C., Colombia
www.iconoeditorial.com

Director:

Gustavo Mauricio García Arenas
gmgarcia@iconoeditorial.com

© **Diseño:** o nee san
© **Cubierta:** *Bolívar*, dibujo (intervenido)
de Ricardo Acevedo Bernal

ISBN: 958-97842-1-6
Impreso en Colombia
Printed in Colombia

Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial
de esta publicación, mediante cualquier sistema,
sin previa autorización escrita de la editorial.

*La gloria de Bolívar nace en Cartagena en 1812
y su vida concluye en Santa Marta en 1830.
Entre tanto, el Virreinato de la Nueva Granada
se transforma en la República de Colombia.*

*En medio de luces y sombras, de las ilusiones
y los desengaños de su apasionante vida,
la memoria del Libertador está indisolublemente ligada
a la formación de nuestra historia y, por lo tanto,
a la construcción de nuestro futuro.*

Prólogo

Bolívar: entre luces y sombras

*Las naciones que he fundado,
luego de prolongada y amarga agonía,
sufrirán un eclipse, pero después surgirán
como estados de una gran república: América!*

SIMÓN BOLÍVAR

El pensamiento de Simón Bolívar sintetiza a la vez las nuevas ideas y las inquietudes que se habían formado en tiempos de la Ilustración, con la conciencia de luchar por la libertad y crear un mundo independiente y soberano, capaz de presentarse con dignidad y autonomía ante el concierto de las naciones.

Desde luego, estas ideas tenían importantes antecedentes en diversas provincias de la América española, y a la vez, se inscribían en el ideario de los grandes pensadores de la Ilustración, como Rousseau, Voltaire o Diderot, cuya obra había conocido Bolívar durante su permanencia en Madrid, donde había tenido acceso a la rica biblioteca del conde de Ustáriz.

El paso del joven caraqueño por España y Francia en los albores del siglo XIX, lo convierte en testigo

privilegiado de un gran acontecimiento que estremeció al mundo europeo: la coronación de Napoleón como emperador de Francia, pero también como aspirante a restablecer un gran imperio semejante al de Carlomagno, o a la manera del Romano Germánico del emperador Carlos V, todos ellos motivados por la idea de crear un gran Estado capaz de decidir los destinos del mundo. De aquel sueño, Bolívar tomó la idea de la gran confederación de naciones de la América meridional, cuyo inicio tuvo lugar en los congresos de Angostura y de Cúcuta, entre 1819 y 1821, con la unión del antiguo Virreinato de la Nueva Granada y la Capitanía General de Venezuela en una nueva nación independiente que fue bautizada con el nombre de Colombia, en honor del descubridor del continente.

Lograda esta unión, Bolívar no se conformó con aquellos primeros pasos y decidió marchar al sur, con el argumento de que al haber enemigos y colonizadores de los pueblos, negándoles su libertad, no existían las fronteras. Por otra parte, veía el peligro de nuevos intentos de invasión, en caso de no consolidar la plena independencia de todo el continente. De este modo, tras el arduo paso por las regiones del Guáitara y el Patía, donde Nariño había caído en manos de los realistas en las goteras de Pasto, las batallas de Bomboná y Pichincha le abrieron las puertas del sur y dejaron expedito el paso para llegar al Virreinato del Perú, cuna del antiguo Imperio inca. El Libertador vislumbró la

magnitud de las cumbres andinas y tuvo que sortear toda clase de peligros y dificultades, pero la experiencia demostró que era capaz de crecer ante el peligro y superar los escollos más arduos, con tal de lograr sus objetivos.

El punto de encuentro entre la nueva Colombia, después de haber agregado la antigua Presidencia de Quito al enorme país que nacía de sus triunfos militares, y el Virreinato del Perú era la ciudad de Guayaquil, a la cual tanto los peruanos como el protector José de San Martín querían incorporar a su territorio; pero Bolívar, con ojo avizor, vio la importancia estratégica de la ciudad y llegó primero que el general argentino, de manera que pudo darle la bienvenida a la República de Colombia y así cancelar las aspiraciones del protector.

Desde 1819, hasta después de haber logrado las batallas finales de la independencia de la América del Sur, Bolívar mantiene una variada correspondencia con el vicepresidente y encargado del Ejecutivo, el general Francisco de Paula Santander, su compañero de armas en el paso de los Andes y el organizador administrativo de la naciente república. Esta correspondencia va más allá de las comunicaciones oficiales y protocolarias, y revela una alianza, una hermandad y un aprecio mutuo, nacido de un proyecto común. Por esto, Bolívar llama a Santander «el hombre de las leyes», califica a Sucre como «el hombre de la guerra», y se caracteriza a sí mismo como «el hombre de las dificultades».

La campaña del Perú es ardua, con toda clase de vicisitudes, tanto por el dominio español, presidido por el virrey De la Serna, como por los antagonismos entre los propios peruanos. Las tropas realistas, muy superiores en número y en preparación militar, parecen invencibles. Además, Bolívar descubre entre los criollos peruanos toda clase de rivalidades y ambiciones de poder, que hacen aún más difícil la campaña, pues, en cambio, las fuerzas enemigas se hallan unidas y disciplinadas. A estas dificultades se suman las divergencias con el Congreso granadino, que se muestra reacio a aprobar una campaña que se desarrolla por fuera de las fronteras de la nueva nación. Y, por otra parte, los problemas económicos son inmensos, pues tanto Venezuela como la antigua Nueva Granada tuvieron que pagar un alto costo en hombres y recursos, durante las jornadas de su independencia, y la hacienda pública se encuentra exangüe. Pese a ello, el vicepresidente Santander inventa nuevos impuestos, pide ayudas, negocia empréstitos y salta matones para poder cumplir con las dramáticas demandas que el Libertador le hace en cada una de sus cartas. Los esfuerzos realizados en aquellos años, entre 1822 y comienzos de 1825, no tienen parangón con ninguna otra empresa efectuada en América, en busca de la libertad y la cooperación entre sus diferentes pueblos y naciones. Las batallas de Junín y Ayacucho van a sellar esta empresa de manera tan contundente que para la América de habla castellana se inicia otra etapa de su historia, al ex-

plorar el territorio no exento de dificultades y contradicciones de las repúblicas democráticas.

Frente a tantos obstáculos que se le presentan en su campaña y al ver la diversidad de intereses y componentes, que dificultan la unidad necesaria para lograr el triunfo final, Bolívar comienza a desconfiar de la capacidad de las nuevas naciones para vivir en una democracia con libertades plenas. Teme que un exceso de liberalidad se transforme en demagogia y anarquía, y que el caos y las guerras civiles destruyan su ideal de una gran federación de naciones, unidas en un propósito común, siempre y cuando se logre contar con instituciones fuertes y sólidas.

Allí se inician las diferencias no sólo con Santander sino con los granadinos más ilustrados, que se hallan inspirados por las constituciones de Boston y Filadelfia y quieren para Colombia una organización federal y de plenas libertades. En este punto, no sólo se enfrentan dos visiones del mundo y dos concepciones diferentes de la carta constitucional, sino que a la vez se produce un choque de personalidades y modos de ser. En medio de esta encrucijada, a la que el Libertador califica como su laberinto, aparece otra grave divergencia que anticipa la disolución de la Gran Colombia soñada por Bolívar: la rebelión del general José Antonio Páez, en la ciudad de Valencia, en los llanos venezolanos, que viene a significar un desconocimiento de la autoridad del general Santander, encargado directo del Ejecutivo.

Santander escribe entonces al Libertador pidiéndole que regrese al país a la mayor brevedad, para que resuelva estos problemas en su calidad de presidente constitucional de Colombia. En medio de las dudas e incomodidades sobre la situación presentada a causa de la rebelión venezolana, Páez escribe a su vez a Bolívar, proponiéndole que se corone como Napoleón, para que de este modo someta el nuevo Imperio americano a sus designios. Bolívar queda entonces entre dos fuegos: Santander, neogranadino, que le habla desde los principios y la legalidad, y Páez, guerrero venezolano, que le habla desde su suelo nativo con voces y halagos que atraen su naturaleza militar. Bolívar desecha en principio la idea de la corona, pero en su fuero interno queda la inquietud sobre la forma como se puede lograr un poder estable y duradero en un estilo diferente de la monarquía, así sea esta constitucional, como la de Inglaterra, país al que admira más que a ningún otro.

Al mismo tiempo que tenían lugar estos conflictos en el Norte de Suramérica, los ciudadanos del Alto Perú le proponen al general Sucre, que ha llegado con sus tropas a aquellas alturas andinas en persecución de algunos restos de las fuerzas realistas, crear una nueva nación en honor del Libertador, que podría llamarse «la República de Bolívar» o Bolivia, como finalmente quedó bautizada. Bolívar protestó por esta iniciativa del mariscal de Ayacucho, alegando que como subalterno no tenía autoridad alguna para tomar una decisión de esa

categoría e importancia. Sus reservas nacían del hecho de pertenecer este territorio al antiguo Virreinato de La Plata, o sea la nueva República de Argentina, y a la vez, por existir antiguos privilegios del Perú sobre la zona. Una medida como aquélla podría revolver el avispero y generar controversias y conflictos de intereses entre las nuevas naciones a las que el Libertador quería integrar en una gran hermandad confederada.

Para superar estas reservas y dudas, Bolívar se dirigió tanto al Congreso peruano como al argentino, sondeando su posición al respecto, y preguntando si estarían dispuestos a reconocer la nueva nación. Al descubrir que ni unos ni otros se opusieron al proyecto, Bolívar no pudo rechazar el pedido de los ciudadanos de Chuquisaca, ciudad que más tarde cambiaría su nombre por el de Sucre, enlazando la amistad de los dos generales libertadores para siempre, con la azarosa historia de su país. Era un halago muy grande como para rechazarlo por temores infundados que su buena estrella y sus últimos triunfos demostraban sin reparos.

Los ciudadanos de Chuquisaca celebraron con honores el nacimiento del país, rindiéndole toda clase de homenajes al Libertador, que en ese momento se hallaba en el cenit de su gloria. Quisieron nombrarlo presidente, pero Bolívar rechazó la magistratura, alegando sus compromisos con Colombia. Entonces le solicitaron que les diera una carta constitucional por medio de la cual pudieran regir sus destinos, y fue así como na-

ció la Constitución boliviana, donde se plasmaban las principales ideas del Libertador sobre su concepción del Estado, de tal modo que conservara la estabilidad y unidad de poder de la antigua monarquía y garantizara los derechos de los ciudadanos y sus libertades dentro del orden, para evitar las divisiones partidarias y los caudillismos personales que se veían venir en el escenario americano.

Ya en la llamada Carta de Jamaica, de 1815, había esbozado la dificultad para lograr un Estado perfecto, que significara una transición o un equilibrio entre las repúblicas y las monarquías. Por eso advirtió en aquel escrito el peligro de caer en anarquías demagógicas o en tiranías monócratas. Como solución a este grave dilema, concibió la idea de contar con un presidente vitalicio y un Senado hereditario, tomando los ejemplos de Haití e Inglaterra, dos naciones por completo diferentes, pero que cumplieron un papel decisivo en las representaciones mentales de Bolívar sobre la configuración del Estado.

Esta iniciativa no tuvo una buena acogida en Colombia la grande. En especial, los abogados y parlamentarios granadinos, inspirados por ideas democráticas y liberales y seguidores de las principales líneas propuestas por las constituciones de Boston y Filadelfia, que rotaban de manera permanente los diferentes cargos, sin concebir ninguna figura vitalicia o hereditaria, rechazaron de plano la propuesta bolivariana y acusaron al Li-

bertador de tener aspiraciones monárquicas. El conflicto se agravó aún más cuando Bolívar regresó a Colombia, y después de hablar con el vicepresidente Santander sobre los problemas más graves que en ese momento ponían en peligro la unidad y la paz de Colombia, marchó a Venezuela con el fin de arreglar las divergencias con el general Páez y evitar la ruptura.

Como hemos planteado en líneas anteriores, Bolívar se ve enfrentado, según sus propias palabras, a un oscuro laberinto, pues de un lado se encuentra Santander, y con él, la representación del Congreso y la legalidad, el mundo civil y la visión constitucional de los neogranadinos, y por otro, la realidad venezolana, el caudillismo militar del general Páez y el conflicto profundo entre militares y civiles, que para un hombre de armas como Bolívar, que había expuesto su vida en la lucha por la independencia y la libertad en los campos de batalla, tenía un valor y un peso de gran trascendencia. Y allí se produjo una delicada decisión del Libertador, al inclinarse a favor de Páez y, de este modo, romper la unidad de Colombia que él mismo había convocado.

Las decisiones de los hombres en momentos cruciales de la historia tienen rasgos y motivos a veces oscuros y difíciles de entender. Frente a esta encrucijada, los destinos de Bolívar y Santander se separaron en forma definitiva. La unidad nacional se rompió, al formarse partidos que se hallaban en franca oposición, como pudo constatarse en la fallida Convención de Ocaña

de 1828. Al disolverse la Convención, a causa del retiro de los amigos del Libertador, las Juntas Tumultuarias de diversas provincias le pidieron a Bolívar que asumiera la dictadura para salvar la patria. Bolívar aceptó, pese a sus constantes declaraciones en contra de la ambición del poder y su rechazo a la primera magistratura.

Con la dictadura, en vez de lograr la unidad en torno al hombre que había logrado la independencia de varias naciones, se radicalizaron aún más las posiciones antagónicas. Bolívar suprimió el cargo de vicepresidente, y le ofreció a Santander una embajada en Estados Unidos, que éste aceptó en un principio, aunque se había cancelado la amistad y roto las relaciones entre los dos grandes hombres.

Los más radicales, sin embargo, no quisieron esperar a que se pudieran hacer arreglos por vías legales e intentaron dar un golpe que acabara con la vida del Libertador. Detrás de esta conspiración se hallaban algunos de los aliados más jóvenes y radicales del general Santander, como Luis Vargas Tejada, quien figuró como uno de los secretarios y redactor de gran parte de las actas de la Convención de Ocaña, así como otros personajes que habían tomado una posición en contra de Bolívar por diferentes razones. Entre ellos se encontraba el oficial venezolano Pedro Carujo; un extraño médico, el doctor Arganil, cuya procedencia permanece en la sombra; Horment y Zulaibar, extranjeros, y jóvenes que más tarde cumplieron un papel significativo

en las primeras décadas de la vida independiente de Colombia: Florentino González, ministro del Tesoro en tiempos del general Mosquera, y Mariano Ospina Rodríguez, fundador del Partido Conservador, entre otros. Una mezcla extraña de ideas, resentimientos y oscuras ambiciones, que había unido en una decisión desesperada a personas de diferente procedencia y condición, inspiradas tal vez por la acción desesperada de los republicanos contra Julio César, frente al capitolio romano.

La conspiración del 25 de septiembre de 1828 fracasó y Bolívar logró salvarse, aunque tanto su cuerpo como su espíritu quedaron heridos para siempre. Sus últimos años están cargados de amargura y de oscuros presagios. El sueño de una gran Colombia y de una confederación de naciones comienza a desvanecerse. En un esfuerzo desesperado, el Libertador, en su cargo de dictador, convoca a un nuevo Congreso, pues ya no soporta seguir al frente del Ejecutivo en esas condiciones. Una buena parte de los conjurados de la conspiración son ejecutados, entre ellos, el general José Prudencio Padilla, que en ese momento se encontraba prisionero en la cárcel de Bogotá por haber producido un movimiento insurreccional en Cartagena. El propio general Santander fue acusado como autor intelectual de la conspiración y condenado a muerte, pero el Libertador le conmutó la pena por el destierro. En verdad, Santander negó su participación en el atentado, y a pesar de los

dispendiosos interrogatorios que se hicieron a los inculpados directos, no se pudo hallar una sola prueba cierta de que él estuviera implicado en este acto criminal.

El juicio histórico sobre estos acontecimientos se ha inclinado a favor de Bolívar o de Santander, a veces de un modo sectario o partidista, pues los partidos históricos de Colombia se afiliaron al uno o al otro, en especial a partir de las distintas concepciones del Estado, sin analizar a fondo las características de la época y los motivos, aciertos o errores humanos de cada uno de estos grandes hombres, ni la unidad de criterios que tuvieron durante la mayor parte de la campaña libertadora. De todos modos, la idea de una autoridad enérgica, o de una amplia libertad, para que sean las leyes las que regulen las relaciones entre los ciudadanos de un país, siguen siendo hasta el presente los temas prioritarios en el debate político nacional.

Hasta comienzos de 1826, Santander es para Bolívar «el héroe de la administración americana», y su amigo y confidente más cercano, con el que sostiene una correspondencia que va mucho más allá de los asuntos oficiales y se adentra en los aspectos más íntimos de la personalidad de cada uno de ellos. Son cerca de ocho años de constante comunicación, que sin duda se refleja en toda su complejidad en los fragmentos de las cartas de Bolívar, dirigidas a Santander, que incluimos en esta selección.

Tras la ruptura con Santander, otros personajes ocupan la pluma de Bolívar con mayor asiduidad, casi

todos ellos militares venezolanos: los generales Rafael Urdaneta, Briceño Méndez o José Antonio Páez. También se incluye una interesante selección de cartas de Bolívar a los poetas José Joaquín de Olmedo y José Fernández Madrid, donde el Libertador expone originales puntos de vista como buen lector y crítico teatral y literario.

En la correspondencia de los últimos dos o tres años se observan las mayores sombras, angustias y desencantos del Libertador, planteados con la misma pasión y vehemencia que lo caracterizan en los distintos aspectos de su vida. Un escepticismo y una desilusión que lo llevaron a pensar que había arado en el mar, sin considerar que los grandes legados históricos van mucho más allá de la existencia terrenal de sus protagonistas. Con todas sus contradicciones, luces y sombras, la obra y el pensamiento de Bolívar aún repercuten en la vida y la imaginación de los pueblos libertados por su espada.

Un genio de América, sin duda, que como en la accidentada topografía de la cordillera de los Andes posee grandes cimas y profundos abismos, serias contradicciones entre su ser guerrero y las meditaciones de un pensador, libertador y creador de naciones, que quiso abarcar todos los aspectos y todas las regiones del mundo americano, y soñó con una gran confederación de naciones que aún está por cumplirse, pues los diversos esfuerzos que se han llevado a cabo al respecto no alcanzan a tener la grandeza y plenitud que Simón Bolívar pensó para la América Latina.

Aa

ABANDONO

El que lo abandona todo por ser útil a su país, no pierde nada y gana cuanto le consagra.

[Al presidente de las Provincias Unidas de la Nueva Granada.
Kingston, julio 10 de 1815.]

ABSOLUTISMO

No conviene que la opinión y la fuerza estén en las mismas manos, y que toda la fuerza esté concentrada en el gobierno; no conviene que el jefe de las armas sea el que administre la justicia; porque entonces el choque universal será contra este individuo; y derrocado él será derrocado todo el gobierno.

[A José María del Castillo y Rada.
Maracaibo, septiembre 16 de 1821.]

ACLAMACIÓN

La aclamación libre de los ciudadanos es la única fuente legítima de todo poder humano.

[Al general Petión, presidente de Haití.
Puerto Príncipe, octubre 9 de 1816.]

AGUACERO

Conviene mucho que actualmente se tomen pascanas o techados en los pueblos, porque el aguacero es lo peor que puede suceder a las tropas: por lo mismo es indispensable que se manden construir grandes tambos para alojar la infantería y la caballería.

[A Antonio José de Sucre. Lima, septiembre 22 de 1824.]

ALABANZA

No creo [que exista] ninguna cosa tan corrosiva como la alabanza: deleita el paladar pero corrompe las entrañas.

[A Francisco de Paula Santander. Guayaquil, abril 15 de 1823.]

2// Yo valdría algo si me hubiesen alabado menos.

[A Francisco de Paula Santander. Lima, abril 15 de 1825.]

AMANTE DE LA LIBERTAD

Mi impetuosa pasión, mi inspiración mayor es la de llevar el nombre de amante de la libertad.

[A José Fernández Madrid. Caracas, junio 16 de 1827.]

AMANUENSE

Yo no tengo quién me escriba, y yo no sé escribir. Cada instante tengo que buscar nuevo amanuense y sufrir con

ellos las más furiosas rabietas, por lo que me es imposible tener correspondencia con nadie. Alguna vez he estado tentado de publicar en *La Gaceta* esta carencia a fin de que todos sepan la causa de mi silencio.

[Al general Rafael Urdaneta. Lima, abril 8 de 1825.]

AMBICIÓN

La ambición es una mancha para la verdadera gloria.

[A Santiago Mariño. Villa del Norte, diciembre 29 de 1816.]

2// Noche y día me atormenta la idea, en que están mis enemigos, de que mis servicios a la libertad son dirigidos por la ambición.

[Al presidente del Senado de Colombia.

Lima, diciembre 21 de 1824.]

AMÉRICA

Nosotros somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte; cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias, aunque de cierto modo viejo en los usos de la sociedad civil. Yo considero el estado actual de la América, como cuando desplomado el Imperio romano cada desmembración formó un sistema político, conforme a sus intereses y situación.

[Carta de Jamaica. Kingston, septiembre 6 de 1815.]

2// Yo deseo más que otro alguno, ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riquezas, que por su libertad y gloria.

[Carta de Jamaica. Kingston, septiembre 6 de 1815.]

3// ¿Quién resistirá a la América reunida de corazón, sumisa a una ley y guiada por la antorcha de la libertad?

[Al director supremo de Chile. Cali, enero 8 de 1822.]

4// La cosa de América no es un problema ni un hecho siquiera, es un decreto soberano, irrevocable del destino: este mundo no se puede ligar a nada, porque los dos grandes océanos del mundo lo rodean y el corazón de los americanos es absolutamente independiente.

[A Francisco de Paula Santander. Guayaquil, agosto 6 de 1823.]

5// La América es una máquina eléctrica que se conmueve toda ella, cuando recibe una impresión de sus puntos.

[A Francisco de Paula Santander. Lima, enero 6 de 1825.]

6// ¡Qué inmensa perspectiva ofrece mi patria a sus defensores y amigos! Ciencias, artes, industrias, cultura, todo lo que en el día hace la gloria y excita la admiración de los hombres en el continente europeo volará a América.

[A Ricardo Wellesley. Kingston, mayo 27 de 1815.]

7// Yo veo hoy a la América como un inmenso caos de pasiones, de dificultades y de desórdenes, y mi imagi-